

Investigaciones arqueológicas en la provincia de Granada

POR MIGUEL TARRADELL

I. — EL SERVICIO DE INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS DE GRANADA

Andalucía es, de todas las regiones de nuestra Península, la que menos fortuna ha tenido en las investigaciones en busca de nuestro más remoto pasado, a proporción de la riqueza arqueológica que atesora su suelo. Es cierto que no han faltado ni faltan estudiosos tanto de la prehistoria como del mundo romano, la mayoría de ellos buenos amigos nuestros, pero la densidad y la importancia de los restos es tal, que no basta la labor de unos cuantos arqueólogos inteligentes y abnegados, que son los primeros en darse cuenta del enorme déficit científico existente. Lo que en arqueología puede dar el Valle del Guadalquivir, debidamente explorado, nos lo indica, a modo de ejemplo, lo que obtuvo Jorge Bonsor en una pequeña zona que se dedicó a explorar repetida y metódicamente. Igualmente los hallazgos de los hermanos Siret, en Almería, demuestran la fabulosa riqueza arqueológica del este andaluz.

La provincia de Granada había sido uno de los primeros lugares explorados en los inicios de las investigaciones prehistóricas. Don Manuel de Góngora, catedrático de la Universidad, efectuó, a mediados del siglo pasado, una labor doblemente meritoria, puesto que su obra fué la dura labor del iniciador y se realizó, además, sin ninguna clase de ayuda oficial ni académica. Su tan conocido libro *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía* es útil aún hoy día, y muchas de las estaciones que señala como interesantes de explorar no lo han sido un siglo después de la aparición de su obra. Después de Góngora no han faltado en Granada arqueólogos, algunos tan eminentes como don Manuel Gómez Moreno, que abarcó un campo de estudios mucho más amplio que Góngora, en cuanto a las materias, y su hijo, el mejor conocedor de la arqueología granadina, maestro a su vez de eminentes arqueólogos. También Luis Siret, desde su centro de Herrerías, en Almería, se adentró en sus exploraciones en la provincia de Granada, estudiando especialmente su parte este, y a él le debemos la excavación de los dólmenes de Gor, Gorafe, etc. Aparte de estas grandes figuras, la labor de campo en las tierras granadinas ha consistido casi siempre en excavaciones efectuadas en un

lugar determinado por técnicos enviados por los distintos organismos de Madrid, que se han limitado, como era su misión, a la excavación de un yacimiento, sin que les fuera posible efectuar labores de exploración y recogida de noticias sobre el terreno. Así, son particularmente interesantes los trabajos de Cabré en Gabia la Grande, Monachil y Galera; los de Cayetano de Mergelina en Montefrío, y los de Obermaier en distintos puntos de Iznalloz.

El problema fundamental es que estos estudios resuelven el conocimiento de una estación, pero no aportan nuevos datos. Se hace necesario el técnico, o mejor, el equipo de técnicos, que, residiendo sobre el terreno, se dediquen sistemáticamente a la búsqueda de nuevas estaciones, que estén en disposición de acudir inmediatamente al lugar cuando llega la noticia de algún hallazgo casual, que pueda efectuar, en resumen, una labor constante. Gran parte de esta labor han venido desarrollando en Granada la inteligente y vigilante atención de los directores de los Museos, tanto del Arqueológico Provincial como del de la Alhambra.

A principios de 1946, el Excmo. Sr. Gobernador civil de Granada, don José M.^a Fontana, que une a su interés por nuestro más remoto pasado una sólida formación de arqueólogo, y conoce a fondo, por lo tanto, estos problemas, se propuso crear un Servicio de Investigaciones Arqueológicas en la provincia, tomando por modelo los que tienen Barcelona y Valencia, aunque, momentáneamente, con mucha menor amplitud. Se trataba de un organismo que, además de excavaciones, efectuara una labor de enlace entre los distintos técnicos y aficionados existentes, aumentando especialmente el número de éstos hasta formar una red en toda la provincia, interesando especialmente en nuestros estudios a algunos núcleos deportivos excursionistas, preparando, en fin, un ambiente que podría ser de gran interés para la obtención de noticias de yacimientos desconocidos, que darían así una necesaria aportación a la Carta arqueológica de Granada, que era una de las labores que se proponía realizar el Servicio.

El señor Fontana me hizo el honor de confiarme la dirección de esta naciente institución, en la que laboramos desde la primavera de 1946 hasta verano de 1947, realizando durante este tiempo, aparte de la labor de gabinete, dos campañas de excavaciones. Fruto parcial de ellas son estas notas, donde hemos recogido las exploraciones y descubrimientos de menor interés, dejando para un estudio aparte la publicación de los resultados de las excavaciones en las cuevas y el poblado de la Edad del Bronce, de las Peñas de los Gitanos, de Montefrío, que es la labor de más envergadura que realizó el Servicio.¹

1. Un avance de los resultados de esta excavación lo dimos en nuestra comunicación al III Congreso Arqueológico del S. E. español (Murcia, 1947), publicado en la *Crónica del Congreso: Un yacimiento de la primera Edad del Bronce en Montefrío, Granada*. Parte del material se halla en poder de doña Joaquina Eguaras.

Al abandonar don José María Fontana el Gobierno Civil de Granada para ocupar un alto cargo en Madrid, el naciente Servicio de Investigaciones Arqueológicas, que se había mantenido gracias a su interés y a sus ayudas de todo género, no pudo continuar su existencia, quedando truncada así una iniciativa que hubiera podido dar un brillante resultado, pero que ha quedado reducida a unos comienzos modestos, aunque esperanzadores.

No queremos cerrar estas notas sin hacer constar nuestra gratitud a cuantas personas nos han ayudado en esta labor. Obvio es decir que debemos citar en primer lugar al señor Fontana, a quien se debió la iniciativa y la posibilidad de llevar a cabo todos estos estudios, y que nos estimuló siempre con el interés con que seguía los trabajos. Asimismo, los hizo objeto de una particular simpatía el señor Obispo de Guadix, doctor Álvarez Lara, que incluso nos acompañó personalmente en una de nuestras visitas arqueológicas. Nos es grato proclamar también nuestra deuda con los arqueólogos granadinos que amablemente pusieron a nuestra disposición su saber y su experiencia, facilitando grandemente nuestro cometido, don Manuel Gómez Moreno, a quien debemos el conocimiento de muchas noticias de estaciones inéditas; doña Joaquina Eguaras, cuya constante colaboración ha sido para nosotros del más alto interés, y don Jesús Bermúdez, a quien debemos agradecer, entre otras muchas cosas, una valiosa labor asesora. Asimismo, en todo cuanto se refiere a las zonas de Guadix y Baza, debemos abundantes datos al experto aficionado don Jesús Casas. Y por fin, nos es grato hacer constar también las facilidades que hemos obtenido de las autoridades de los distintos pueblos donde hemos llevado a cabo trabajos, y de una manera especial de sus Alcaldes respectivos.

Los hallazgos efectuados se guardan en el Museo Arqueológico de Granada.

II. — HALLAZGO DE UN DOLMEN EN CALICASAS

Calicasas es un pueblo situado al norte de la ciudad de Granada, de la que dista 13 kilómetros, próximo a la carretera de Bailén a Motril, que es la que le comunica con Granada, y con estación de ferrocarril en la línea que une a esta ciudad con Madrid.

En septiembre de 1946, en ocasión de construirse el ramal de carretera que enlaza Calicasas con la carretera general indicada, se descubrieron restos antiguos. El Ingeniero Jefe de Obras Públicas de la Diputación Provincial, don Francisco Pelayo, comunicó al Servicio de Investigaciones Arqueológicas la noticia, indicando que era preciso reconocer los restos sin demora, puesto que se encontraban en un terreno en plena remoción por las obras. El mismo día, acompañados por el señor Pelayo, visitamos el lugar indicado, que era

final del nuevo tramo que estaba construyendo, casi a la misma entrada del pueblo. Allí, a mano izquierda de la carretera, y a unos 10 metros de ésta, al sacar tierras de un olivar para las obras que se estaban efectuando, había aparecido un dolmen, que acababa de ser destruído.

Sólo quedaba en el lugar, caída, una losa de la parte lateral del megalito, que medía 1'20 por 1 metro. Las otras habían sido ya arrancadas y destruídas para aprovechar la piedra, pero se podía todavía apreciar la silueta de algunas de ellas en la compacta tierra que rodeaba al dolmen, que en uno de los lados y en la cabecera se hallaba intacta, pudiendo ser reconstruída sin dificultad la forma y las dimensiones del megalito.

Estaba formado por dos losas en cada uno de los lados, de un tamaño aproximado como la que aun se encontraba en el lugar, y una sola en el fondo y cerrando la entrada. Cuando se descubrió faltaba ya la losa de cubierta, cosa explicable, ya que por la disposición del dolmen respecto al terreno ésta debía aflorar en la superficie y había sido destruída (lám. 1, 1). La planta era de forma rectangular, y sus dimensiones eran, aproximadamente, de 2'50 a 2'80 metros de largo por 1'80 a 2 de ancho. La altura de las losas era de algo más de 1 metro.

El dolmen se hallaba sepultado en el terreno hasta la cubierta.

Pudimos recoger en sus alrededores gran número de fragmentos de cerámica negruzca, de factura basta, sin ningún resto de decoración. El estado de fragmentación en que se hallaban impide hacerse idea de las formas. Según indicaciones de los obreros que descubrieron y vaciaron el monumento, entre los restos óseos que aparecieron se podían contar de diez a quince cráneos. También se encontró una hacha de piedra pulimentada, que no pudimos ver.

III. — EXCAVACIONES EN EL POBLADO Y NECRÓPOLIS ARGÁRICOS DE MONACHIL

Sierra Nevada emerge en un territorio que fué dominado, durante la Edad del Bronce, por la cultura de El Argar. Conocemos a su alrededor una serie de estaciones, de las que en su mayoría no tenemos más que datos muy inconcretos, generalmente hallazgos sueltos, y que son casi todas inéditas. Menos por su parte sur, que corresponde a la comarca, prácticamente virgen de exploración arqueológica, de las Alpujarras, la Sierra está envuelta por una continua cadena de hallazgos. Limitándonos a un radio de pocos quilómetros que tenga sus máximas alturas, Veleta o Mulhacén como centro, tenemos los hallazgos de Huéneja — una o dos copas existentes en el Museo Arqueológico de Granada — y Aldeire, pueblo cercano al anterior, donde también aparecieron copas de tipo argárico. A poca distancia se halla la

necrópolis del Zalabi, de Esfiliana, que estudiamos en este mismo trabajo. En Guadix, en el Cortijo de Luchena, apareció cerámica que parece ser argárica. Otro grupo de hallazgos los tenemos en la parte de la vega de Granada. En Sierra Elvira, término municipal de Atarfe, apareció, hace ya años, un lote de hachas de bronce y brazaletes de plata de tipo argárico. En esta misma zona y mucho más próximo a Sierra Nevada, conocemos tres yacimientos más : Güéjar Sierra, donde se hallaron varios puñales, La Zubia, en cuyo término existen dos cuevas con niveles argáricos, una totalmente excavada, que dió dos vasos carenados y un puñal de cobre con escotaduras laterales para la sujeción al mango, y otra excavada parcialmente, que dió un vaso de carenado de factura tosca. Y finalmente, el yacimiento de Monachil, conocido por la publicación de don Juan Cabré.¹

Monachil es un pequeño pueblo que dista 8 Km. de Granada, asentado en un valle que se abre en la vertiente noroeste de Sierra Nevada. El río Monachil, que nace en los contrafuertes del Veleta, y rinde sus aguas al Genil, en plena Vega granadina, permite que se desarrolle en él una rica vegetación, que contrasta con la árida desnudez de las montañas que lo cierran, siendo, por su arbolado y sus cultivos, uno de los valles más agradables y con mejores condiciones de habitabilidad de toda esta zona de la Sierra. Por otra parte, aunque adentrado en las laderas de macizo montañoso, se abre con toda facilidad a la comunicación desde los llanos de la Vega.

No es raro, pues, que poseyendo estas condiciones y hallándose, como acabamos de indicar, en plena zona de población argárica, se encuentre en Monachil una estación perteneciente a esta cultura. Está situada en un cerro que se levanta a la derecha del río, donde termina la parte llana del estrecho valle, conocido con el nombre de Cerro de la Encina o La Meseta, en terrenos pertenecientes al Cortijo de los Olivares (lám. I, 2).

Según indica en su citada publicación, a don Juan Cabré le comunicaron la existencia del yacimiento mientras efectuaba excavaciones en el cercano pueblo de Gabia la Grande, y por desgracia, y bien a pesar suyo, no pudo dedicar a Monachil el detenimiento que el interés del lugar requería. Su intervención se limitó a efectuar un par de breves visitas, en la primera de las cuales pudo reconocer el lugar, y en la segunda, excavar dos sepulturas de la necrópolis, sepulturas que por su especial disposición, al estar colocadas bajo bancos de piedra que afloran en la superficie de la vertiente del cerro, conservaban el ajuar funerario intacto. Este ajuar consistía en vasos de pasta negra de superficie brillante, uno de ellos de perfil carenado, dos copas, cinco puñales, un punzón y una pulsera de cobre, un pendiente en espiral y un aro de plata, una hacha plana de piedra, tres sierras de

1. *Una necrópolis de la primera Edad de los Metales, en Monachil, en Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 1, 1922, pág. 23.

sílex, una plaquita de esquisto, tres placas de piedra, del tipo de los llamados por Siret ídolos en forma de violín, y varios colgantes de diversas materias (caliza, cuarcita, pizarra, pizarra talcosa, serpentina, jadeita), lo que representa un ajuar francamente rico, tratándose solamente de dos sepulturas.

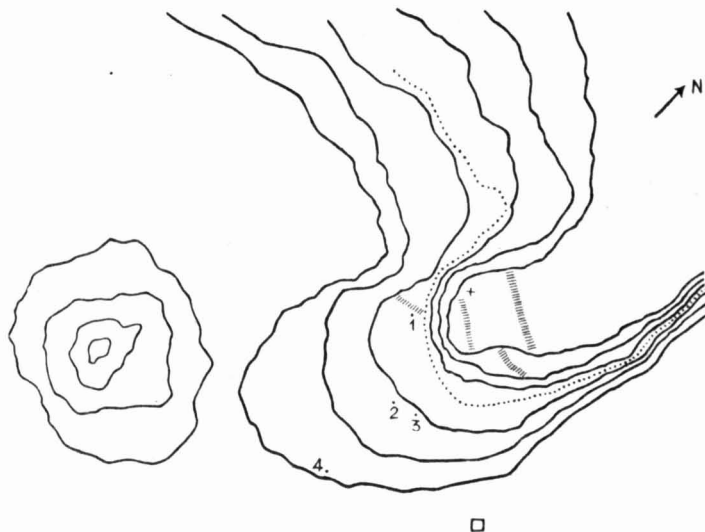
Como su excavador señalaba la existencia de toda una necrópolis, del estudio de su publicación deducimos que tendría interés un nuevo tanteo en el yacimiento, aunque en la misma se hacía constar que había sido expoliada por gentes del pueblo de Monachil, inmediatamente después de su visita y excavación parcial; noticia que nos fué confirmada por nuestro amigo y asesor del Servicio de Investigaciones Arqueológicas, don Jesús Bermúdez Pareja, Director del Museo de la Alhambra. Un nuevo estudio del yacimiento se imponía además, aun suponiendo que el saqueo de la necrópolis hubiese sido total, con el fin de explorar detenidamente el poblado, del que no se tenía dato alguno más que su localización probable, señalada por Cabré.

Así, pues, a mediados de septiembre de 1946 reconocimos el lugar. El Cerro de la Encina, llamado así por una encina que se levanta en uno de sus extremos, es llamado también La Meseta, denominación apropiada, ya que realmente consiste en una meseta que presenta muy buenas condiciones para servir de asiento a un poblado de agricultores que se vean precisados a habitar un lugar de fácil defensa natural, ya que está situado inmediatamente al lado de tierras fértiles y bien regadas, y perfectamente defendido en gran parte de su flanco por fuertes pendientes, especialmente por su parte nordeste, que limita con una profunda barrancada producida por la erosión de un torrente afluente del río Monachil.

La parte alta del cerro estuvo indudablemente ocupada por el poblado, como lo delata la gran cantidad de cerámica, muy fragmentada, que aparece en superficie. Existen en las pendientes del sur y sudoeste de la meseta, e incluso en las tierras de los alrededores, muros, algunos de los cuales son antiguos, si bien es difícil determinar cuáles son auténticos, correspondientes al poblado, y cuáles han sido reconstruídos o simplemente construídos de nuevo utilizando las mismas piedras que habían servido para los viejos, con el fin de hacer bancales y facilitar la labor de cultivo. Es particularmente interesante el fragmento de muro que existe en la vertiente sudoeste del cerro, precisamente al pie de la encina que le ha dado nombre. Se trata de uno de los muros antiguos mejor conservados, formado, como los demás, por un paramento de piedras sin trabajar y sin argamasa alguna que las una. Parece difícil que se trate del muro de una vivienda, ya que se halla situado en un punto de mucha pendiente y su planta forma un ángulo cuyos lados se adentran en el talud. Por su disposición actual, más parece un muro de contención de tierras, pero existe la posibilidad que un continuo laboreo en la parte alta del cerro haya acumulado tierra, de una manera

lenta pero continuada, hacia esta parte, y que el nivel actual sea mucho más alto que el antiguo; sólo en este caso podríamos aceptar que se tratara de restos de una vivienda del antiguo poblado.

Nuestra labor se dirigió, en primer lugar, a la exploración de la parte alta de la meseta, donde por la situación del terreno parece haber estado situado el poblado, o por lo menos su núcleo central, y donde, como hemos indicado, existe gran cantidad de fragmentos de cerámica entre el suelo de cultivo. Efectuamos tres catas transversales, de un metro aproximadamente de anchura, en esta parte del terreno. Profundizamos hasta unos 40 ó 50



Emplazamiento de la necrópolis de Monachil, con indicación de las sepulturas excavadas. Los números corresponden a sepulturas excavadas; ×, la encina; |||||, catas realizadas; acequia.

centímetros, en que desaparece el nivel de tierra fértil y aparece roca, sin que se hallara más que la misma gran cantidad de pequeños trozos de cerámica, que ya se observaba en la superficie, y piedras del mismo tipo que las usadas en los muros cercanos, y que probablemente formaban parte de las viejas paredes. Ningún resto de éstas apareció. Es evidente que dada la poca profundidad a que encontrábamos estos restos, la labor de cultivo ha destruido totalmente el poblado.

En una de las plataformas más bajas de las varias que forman el suelo de la meseta no nos fué posible abrir una cata a todo lo largo del terreno, como hicimos en la parte superior, por estar sembradas en las fechas que efectuábamos estos trabajos, pero exploramos el terreno que quedaba libre de sembrado, que era una estrecha franja en la parte norte, junto a la pendiente. Allí dimos con los restos de una sepultura, al parecer de un esqueleto enterrado en una urna, ya que los restos, extraordinariamente fragmen-

tados, consistieron, en huesos mezclados con cerámica de paredes gruesas — de 18 a 20 mm. —, formando parte, con mucha probabilidad, de una sola urna. De su ajuar no apareció más que una placa de barro cocido, con cuatro agujeros, uno en cada ángulo, del mismo tipo que las que se han hallado en otras estaciones andaluzas de la Edad del Bronce. Dicha sepultura se encontraba casi a flor de tierra, y en un lugar que prácticamente sirve de camino, por lo que no es de extrañar su destrucción por aplastamiento. Está señalada con el número 1 en el adjunto croquis.

Dando, pues, prácticamente, por perdido el poblado, nos dedicamos a la exploración de la necrópolis situada en la vertiente sur y sudoeste del cerro. Pronto nos dimos cuenta de que el saqueo de la necrópolis, posterior a la parcial excavación antes reseñada, había sido aniquilador. La misma facilidad de localizar las sepulturas hizo fácil su hallazgo y su destrucción. Según nos indicaron, cuando los buscadores de tesoros, después de haber destruido gran número de sepulturas, se vieron defraudados y abandonaron su labor, los chiquillos del pueblo se dedicaban a buscar sepulturas para extraer objetos que servían para sus juegos. El hecho de que los indicados bancos de roca salvaran a los ajuares de la destrucción por el peso de la tierra, y que, por lo tanto, se hallaban los vasos intactos, era un aliciente para los buscadores. Así se ha perdido la necrópolis de Monachil, y nuestros trabajos no dieron otro resultado que el hallazgo de tres tumbas, las señaladas con los números 2, 3 y 4 en el adjunto croquis, que ya habían sido saqueadas y que no dieron más que pequeños fragmentos de hueso y de cerámica, también ésta, como la anteriormente reseñada, de paredes muy gruesas, lo que nos inclina a suponer que se trataba de sepulturas en grandes urnas, suposición que se ve corroborada por el hecho de que no aparecía ninguna protección alrededor del cadáver.

En resumen, pues, no creemos que se pueda esperar nada de la que fué rica necrópolis de Monachil. Únicamente será posible encontrar algún enterramiento suelto en mejores condiciones que los cuatro que pudimos excavar. Sin embargo, una observación interesante : a pesar de la pobreza de nuestros hallazgos, hemos podido constatar que junto al tipo de sepultura dado a conocer por el señor Cabré, existían otras en urna del mismo tipo que las frecuentes en otras necrópolis argáricas. Suponer un menor grado de riqueza de ajuar por el hecho de no haber hallado casi nada en ellas, es ya más aventurado, puesto que se trata de sepulturas en muy mal estado de conservación y, probablemente, ya violadas.

Cerca de la tumba número 4 encontramos en la superficie del suelo otra placa de barro cocido con cuatro agujeros, semejante a la hallada en la tumba número 1.

El colono del cortijo de Los Olivares nos entregó un puñal, al parecer

de cobre, con dos clavos para la sujeción a la empuñadura, del tipo argárico corriente, que había encontrado tiempo atrás en el cerro, no lejos de donde nosotros excavamos la sepultura número 1.

Aprovechamos la publicación de estas notas sobre Monachil para dar a conocer una serie de vasos cerámicos procedentes de esta estación que se conservan en el Museo Arqueológico Provincial de Granada, procedentes de hallazgos sueltos, y que hemos podido estudiar gracias a la amabilidad de su Directora, doña Joaquina Eguaras, quien a su vez nos ha proporcionado fotografía de ellos. Son hallazgos sueltos, y no se conoce el lugar exacto, dentro del yacimiento, donde aparecieron (lám. III).

Este lote consiste en dos copas de pie alto, una de ellas notable, por tener el pie de sección cuadrada y seis pezones regularmente distribuidos en las proximidades del borde, cuatro cuencos y un vaso con una serie de pezones. Es cerámica de tipo plenamente argárico, que en nada difiere de la dada a conocer por Siret, procedente de las estaciones tipo de Almería.

Tanto este lote como el publicado por Cabré confirma la impresión que nuestros reconocimientos en el cerro de La Encina nos ha proporcionado, es decir, que Monachil es una estación argárica típica, en la que esta cultura se manifiesta con toda su pureza, siendo en este sentido la que está situada más al oeste, ya que las restantes que conocemos en la provincia de Granada más hacia Poniente, no responden al tipo puro argárico.

IV. — LA NECRÓPOLIS Y EL POBLADO DE EL ZALABÍ (ESFILIANA)

El yacimiento argárico conocido más importante de la provincia de Granada, a juzgar por sus hallazgos, es el que está emplazado en los alrededores de la ermita de El Zalabí, término municipal de Esfiliana, a unos 5 Km. al oeste de Guadix.

Procede de esta estación una rica colección de cerámica que, formando parte de la colección Vives, se guarda en los Museos Arqueológicos de Barcelona y Madrid, y otro lote de menor importancia procedente de la colección Góngora, hoy día también en el último de dichos museos. Igualmente en el Arqueológico de Granada se conservan una serie de vasos, la mayoría de los cuales reproducimos aquí.

Pero a pesar de esta abundante serie de hallazgos y de que el yacimiento se cita frecuentemente, no existe ningún estudio dedicado a él, y en este sentido se puede considerar inédito. Y es que su estudio presenta graves dificultades, derivadas de haber sido en parte saqueado y en parte excavado sin método en fechas diversas del siglo pasado.

El primer problema que se nos presentó cuando decidimos estudiarlo

fué su localización. Todas las citas que conocemos lo sitúan en el término municipal de La Alcudia; sin embargo, la ermita de El Zalabí, que es el único dato concreto toponímico que poseemos, se halla en término de Esfiliana. La confusión, sin embargo, es explicable, porque la distancia de dicho punto a La Alcudia es algo menor que a Esfiliana, pueblo al que pertenece.

Después de una serie de averiguaciones entre los lugareños, que nos fueron grandemente facilitadas por el interés que el señor Obispo de Guadix se tomó por nuestros estudios, llegamos a la conclusión de que la necrópolis de la cual proceden los objetos conocidos estaba en los alrededores de la ermita de El Zalabí, en campos actualmente en labor, y al parecer fué con motivo de la roturación de estas tierras cuando aparecieron las tumbas, de las que no tenemos ningún dato. Actualmente no vimos en la superficie más que muy escasos y muy fragmentados restos de una cerámica negruzca, semejante a la de los vasos de los museos citados. Probablemente la necrópolis fué agotada, ya que en la actualidad, según nos comunicaron los labradores, nunca aparecen sepulturas, si bien recuerdan que habían aparecido en dicho lugar hace mucho tiempo.

Nos interesó el problema de la localización del poblado que debía corresponder a una necrópolis tan importante (y que, por lo tanto, debió ser un poblado de primera categoría), localización nada difícil, ya que ésta se halla situada en la vertiente de una sierra de poca altura sobre el valle, que presenta en su parte superior unas amplias mesetas aptas para el establecimiento de una población de tipo argárico.

En efecto, situado en un camino natural de penetración desde la zona de Almería, donde el mundo argárico tiene su auge, a las tierras altas granadinas, presenta además condiciones naturales favorables para el desarrollo de una agricultura próspera.

Exploramos estas mesetas que se alzan sobre el valle de La Alcudia, en terrenos actualmente en repoblación forestal y próximos a la casa-cueva de los ingenieros forestales. En varios de estos llanos, bien defendidos por cortes que los separan de sus respectivas faldas, encontramos restos de cerámica muy fragmentada, especialmente en los denominados «Los Anteojos», donde, a nuestro parecer, debió levantarse el poblado. No tuvimos ocasión, en nuestra visita, que era de simple prospección, de efectuar cata alguna, y, por lo tanto, aventuramos una opinión a título puramente informativo. Ésta, como tantas otras labores que efectuamos en Granada, no pasó de sus preliminares. Parece ser que el nivel de tierra es muy escaso, y como en alguna época esta tierra se dedicó a cultivo, es lo más posible que hayan desaparecido los restos de construcciones. Queda, sin embargo, el testimonio de la cerámica, y no dudamos de que una exploración más detenida nos llevaría a resultados concretos (lám. II, 2).

Como en el caso de Monachil, damos a conocer las fotografías de las piezas cerámicas que, procedentes de esta necrópolis, se encuentran en el Museo Arqueológico de Granada. Son dos cuencos, dos vasos de perfil semi-circular, otro semejante a los anteriores, de factura tosca y con asa de pezón; dos de perfil carenado bajo; otros dos de perfil carenado medio, y cuatro jarros que, contrariamente a lo que pasa con los anteriores, son poco frecuentes en las estaciones argáricas clásicas excavadas por los Siret. Son los números 1898, 1902, 1904 y 1906 del Catálogo del Museo de Granada (láminas IV y V).

V. — HALLAZGO ROMANO EN DÍLAR

Mientras efectuábamos los trabajos antes reseñados en la necrópolis y el poblado de Monachil, uno de los obreros que trabajaba en ellos nos indicó que el herrero de Monachil conocía lugares donde aparecían objetos antiguos. Nos entrevistamos con él, y nos comunicó que hacía mucho tiempo, unos veinte años, trabajando en las obras de construcción del denominado Canal de la Espartera, que conduce aguas a una central eléctrica, en el término de Dílar, se hallaron muchos objetos antiguos, especialmente «cerámica, monedas, espadas curvadas, puntas de lanza y pequeñas esculturas de bronce, una de las cuales fué vendida posteriormente al Museo de Granada». En efecto, existe en este Museo una figurita ibérica procedente de Dílar, que formaba parte, al parecer, de este lote de hallazgos.

Decidimos, pues, hacer un reconocimiento, acompañados de nuestro informador, que decía recordar el lugar exacto donde aparecieron los objetos, lo que fué realizado pocos días después, a finales de septiembre de 1946.

El lugar del hallazgo es un pequeño llano llamado Era de los Pensamientos, situado en terrenos del cortijo Sevilla y a poca distancia de éste. Pertenece al término municipal de Dílar, cerca del límite de éste con el de Monachil, en las estribaciones de Sierra Nevada y a unos 15 Km. de la ciudad de Granada. Es éste un lugar de paso obligado para ir de los Llanos de Cajar (que limitan con la vega granadina) al abrupto valle del río Dílar, cerrado por las agudas crestas del Corazón de la Sandía. Una carretera recién construída por el Servicio Forestal permite llegar cómodamente hasta unos metros del lugar del hallazgo (lám. VI, 1).

Por las explicaciones que nos dió sobre el terreno el herrero de Monachil, es evidente que al abrir el surco para construir la base del canal, se dió con un grupo muy compacto de objetos. Estos consistían, siempre siguiendo las descripciones de nuestro informador, en armas y monedas que se hallaban junto con vasos de cerámica, sin que me fuera posible aclarar si dichos objetos se encontraban en el interior de los vasos. No aparecieron huesos. Podía tratarse, pues, de un lugar de habitación o de un simple

escondrijo. En el primer caso, teníamos probabilidades de continuar los hallazgos; en el segundo, estas probabilidades eran más escasas.

En el sitio indicado, a ambos lados del canal, y a muy poca distancia de éste, aparecían en la superficie del terreno pequeños fragmentos de cerámica lisa a torno. En este lugar, el canal (que tiene un metro de anchura de cauce y medio metro cada uno de los muros laterales) es seguido a la izquierda por un camino.

Hicimos seis catas perpendiculares al canal en la parte derecha de éste, y dos en la parte izquierda, llegando en estas catas a una profundidad de unos o'80 m.

Pronto pudimos observar que los restos que buscábamos aparecían exclusivamente, y de una manera dispersa, entre la tierra removida que había sido echada a ambos lados del canal, al hacer la base de éste. Ni a uno ni a otro lado se hallaban restos de muros, y los hallazgos desaparecían así que entrábamos en tierra firme. Por otra parte, según las indicaciones de nuestro guía, los objetos se hallaron en una zona muy reducida en longitud, lo que, unido a nuestras observaciones y catas, nos hace suponer que se trataba de un yacimiento muy reducido, probablemente un escondrijo.

Nuestros hallazgos consistieron en : un mango de puñal de hierro, de 9 cm. de longitud, formando dos ensanchamientos circulares en el sitio en que se colocaba el clavo que sujetaba al mango; la parte inferior de una punta de lanza de hierro, de 9 cm. de longitud en la parte conservada; una punta de flecha de cobre, de forma lanceolada, de 12 cm. de longitud; un pequeño colgante de cobre, con un agujero de 4'5 cm. de longitud; una aguja de hierro, de 8'5 cm.; una hacha de piedra pulimentada, de sección rectangular, de 11 cm.; dos fíbulas de cobre; un fragmento de fíbula de hierro, con el arco muy ensanchado; varios fragmentos de cerámica a torno, de color gris, sin decoración; un pequeño fragmento de terra sigillata, de tipo tardío (lám. VI, 2).

Aparecieron también once monedas, cinco de ellas en tan mal estado de conservación, que no son identificables. Las restantes son : dos ases de Claudio, tres pequeños bronce de Constantino y dos de Constancio.

Reconocimos con detenimiento los alrededores, sin que nos fuera posible encontrar ningún resto de poblado, ni tampoco los pequeños fragmentos de cerámica que acostumbran a denotar los antiguos lugares de habitación. Preguntado el colono del inmediato cortijo Sevilla, nos informó que no tenía noticia de la aparición de restos antiguos por aquellos alrededores.

Parecería probable que se tratara de un escondrijo, si bien el material presenta muy poca homogeneidad en cuanto a su época; sin embargo, el hecho evidente de que apareciera todo reunido en un espacio tan reducido nos hace inclinar hacia esta hipótesis. No hay que olvidar que el lugar del hallazgo es una zona montañosa abrupta, donde podían perdurar, en plena

época romana tardía, objetos que a primera vista pueden parecer mucho más antiguos, como, por ejemplo, una hacha de piedra pulimentada, pero que bien pudiera ser un simple fruto de vida primitiva y retrasada. Más difícil de comprender, si es que se tratara de un escondrijo, es la diversidad de época de las monedas romanas. El haberse perdido casi todo el material hace difícil precisar más sobre este curioso yacimiento.

VI. — PUENTE ROMANO SOBRE EL RÍO MILANOS, EN MONTEFRÍO

Cuando estábamos en Montefrío realizando excavaciones en el poblado y en las cuevas de las Peñas de los Gitanos, cuyos resultados publicaremos en trabajo aparte, como se ha indicado, tuvimos noticia de la existencia de un puente antiguo, no lejos de la población, sobre el río o arroyo Milanos, riachuelo afluente del Genil.

Acompañados por el Alcalde de Montefrío, don Francisco Márquez, en quien siempre hallamos un buen colaborador en los trabajos arqueológicos, lo reconocimos, viendo que se trataba de un pequeño puente romano.

Está situado aproximadamente a 1 Km. y medio de la población, en dirección oeste, no lejos y algo más aguas abajo de donde la carretera actual de Montefrío a Algarinejo atraviesa el mismo riachuelo Milanos.

Se trata de una sólida construcción típicamente romana, formada por un arco único de 3'50 m. de luz, con dovelas bien escuadradas y dos muros a ambos lados que sostienen la rampa de tierra necesaria para ganar la altura del puente. Estas entradas tienen en su inicio una anchura de 7 m., que debía ser la de la vía, y van estrechándose hasta llegar a los 3'20 m., que es el ancho del puente propiamente dicho.

Según nos comunicaron en el pueblo, el puente había sido casi cubierto por las arenas del río, y así estuvo durante años, sin causar dificultades graves al tránsito, ya que el río es perfectamente vadeable, hasta que hacia el año 1934 el Ayuntamiento de Montefrío emprendió obras de limpieza de arenas hasta descubrirlo totalmente. Cuando en otoño de 1946 tomamos la fotografía adjunta, los aluviones del río, de régimen casi torrencial, habían ya cubierto nuevamente la parte baja, llegando hasta 70 cm. de la altura máxima del arco, pero en una visita posterior que efectuamos al lugar en la primavera de 1947, el puente se encontraba ya casi totalmente cubierto de nuevo por las tierras arrastradas por el río en las avenidas del invierno anterior (lám. VII, 1).

No conocemos el trazado de la ruta romana que hizo necesaria la construcción de esta obra, si bien es preciso hacer constar que en este sitio se cruzan viejos caminos que llevan de Montefrío a Algarinejo y Priego, y una realenga o camino ganadero importante, cuyo estudio no nos fué posible efec-

tuar, por estar ocupados en aquellas fechas por las referidas excavaciones de las Peñas de los Gitanos, pero gentes de Montefrío consultadas nos aseguraron que se trata de una antigua e importante ruta que enlaza las zonas montañosas de la provincia de Málaga con territorios situados mucho más al norte. No sabemos que exista noticia de restos de calzada romana alguna por los alrededores.

VII. — NECRÓPOLIS ROMANA TARDÍA EN EL CORTIJO DE EL ROMERAL (MONTEFRÍO)

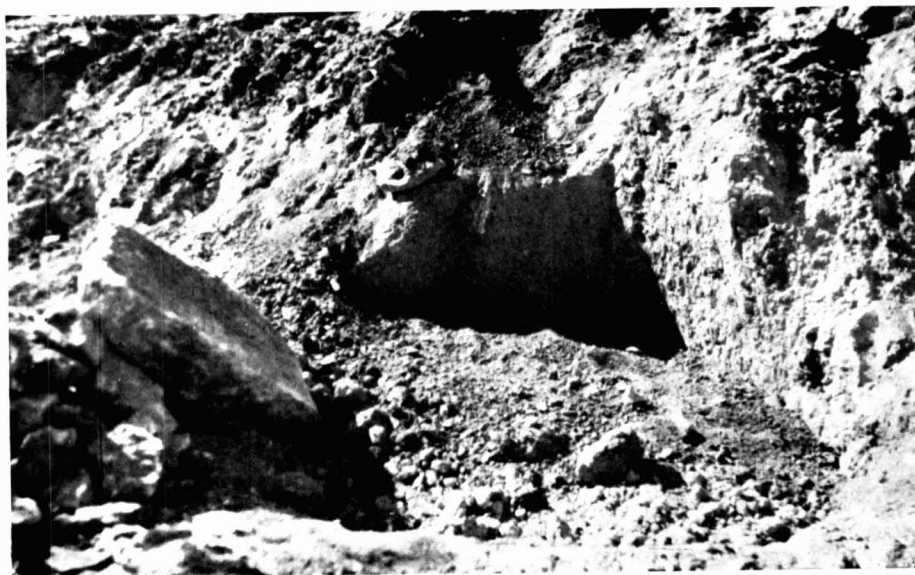
El mismo día en que reconocimos el puente romano que acabamos de publicar, tuvimos también ocasión de explorar una necrópolis.

Se halla situada a unos 4 Km. de la población de Montefrío, en la cumbre de un cerro donde se asienta el cortijo de El Romeral. En días anteriores a mi visita, labrando la tierra, y a poca distancia de la casa, habían aparecido unas sepulturas. Se trata de dos cistas, una de las cuales encontramos totalmente destruída, y otra que pudimos medir y fotografiar. Su tamaño era de 1'80 m. de longitud por 0'40 de anchura. Estaba formada por dos losas a cada lado, una en la cabecera y otra en los pies, todas ellas toscamente talladas (lám. VIII). La losa de cubierta había sido destruída en el momento del hallazgo. Encontramos únicamente pequeños fragmentos óseos, pero, al parecer, los esqueletos habían aparecido casi completos.

El propietario de los terrenos nos entregó el ajuar aparecido en cada una de ellas. Consiste en un jarro de cerámica de color marrón, con un asa y círculos paralelos hechos a torno alrededor del vientre y un brazalete de bronce sin decoración (lám. IX). En la otra apareció un jarro de un tipo análogo al anterior, si bien liso, y una sortija de bronce (lám. IX).

Estas dos sepulturas no se encontraban aisladas. A poca distancia, frente al mismo cortijo y en sus alrededores pudimos observar restos de siete de ellas del mismo tipo que las descritas, todas en avanzado estado de destrucción. Estamos, pues, frente a una necrópolis que, por hallarse las cistas a muy poca profundidad, y en un terreno elevado que ha tenido tendencia, por la acción de las aguas y del cultivo, a perder nivel, da la impresión de estar destruída en su mayor parte. Es muy posible, sin embargo, que queden otras sepulturas intactas, en cuyo caso la excavación sería fácil, dada la escasa capa de tierra que las cubre.

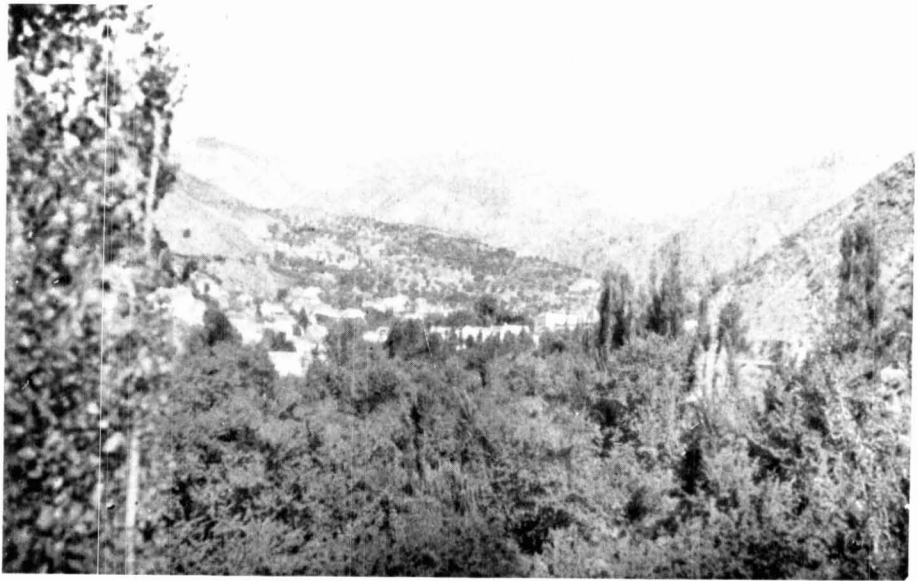
Creemos que cronológicamente debe situarse al final de la época romana, tal vez rayando con lo visigodo. Para esta afirmación nos basamos en el tipo de cerámica, especialmente el de la cista número 1 (número 3313 del Museo Arqueológico de Granada), que es de un tipo análogo al aparecido en necrópolis de la provincia, consideradas como visigodas.



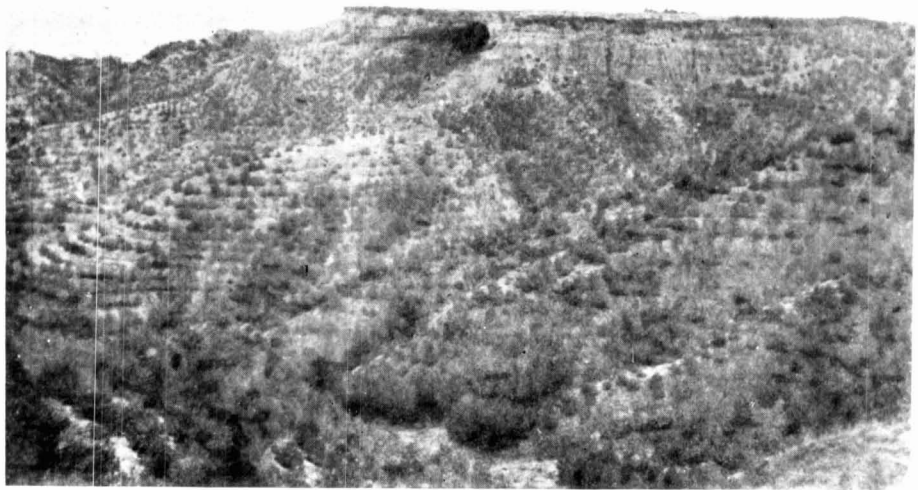
1. Dolmen de Calicasas. Estado en que se hallaba al iniciar nuestra prospección.



2. «La Meseta» o el «Cerro la Encina», en la intersección de las dos flechas, se halla el poblado y necrópolis argárica de Monachil.



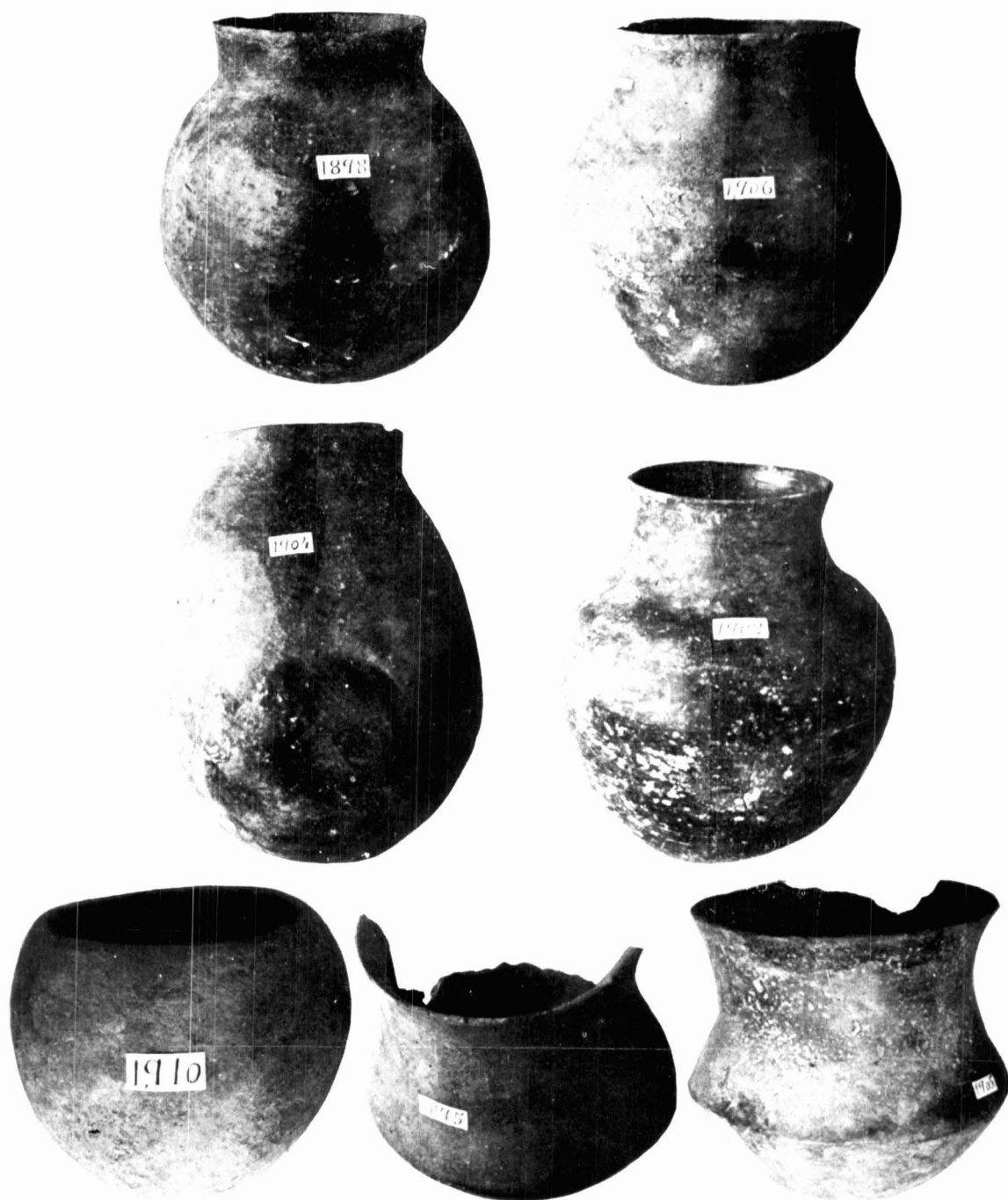
1. El Valle de Monachil.



2. Meseta de «Los Antejos», probable emplazamiento del poblado correspondiente a la necrópolis de El Zalabí (Ésfiliana).



Cerámica argárica de Monachil del Museo Arqueológico de Granada.



Cerámica de la necrópolis argárica de Zalabí (Esfílana), del Museo Arqueológico de Granada.



Cerámica argárica de la necrópolis de Zalabí (Esfiliana), del Museo Arqueológico de Granada.



1. Dilar. La Era de los Pensamientos, con el canal de la Espartera. El lugar del hallazgo es donde aparece el grupo.



2. Dilar. Hallazgos en la Era de los Pensamientos. 1 : 2 aprox.



1. Puente romano sobre el río Milanos (Montefrío).



2. El Cerro del Romeral al fondo, en cuya cima se halla la necrópolis (Montefrío).



Cista n.º 1 de la necrópolis del Romeral.



1. Jarros de las cistas de la necrópolis del Cortijo de El Romeral (Montefrío).